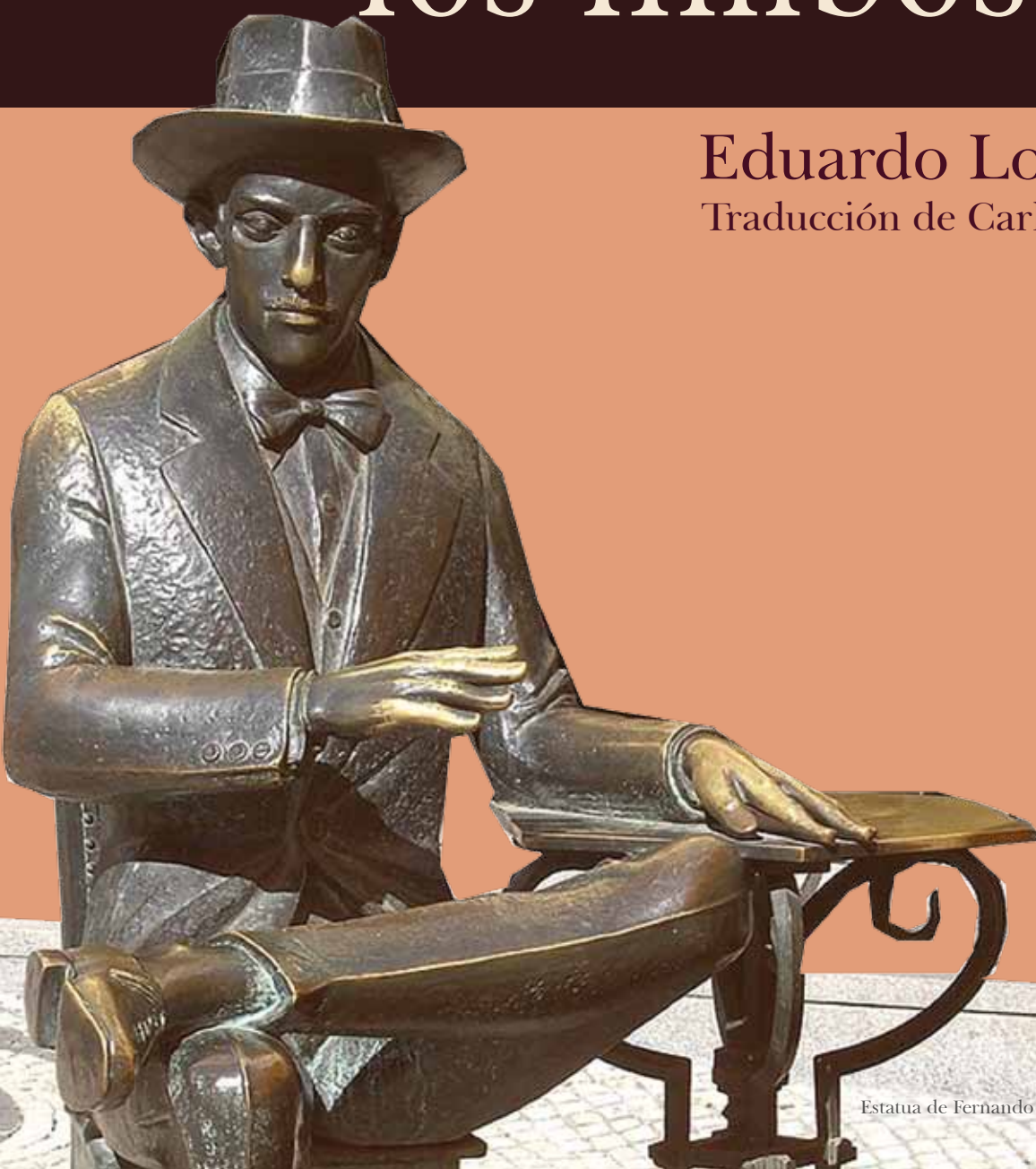


# El *Libro del desasosiego* o el memorial de los limbos

Eduardo Lourenço  
Traducción de Carlos Vásquez



Estatua de Fernando Pessoa, en el café A Brasileira, Lisboa

*Sólo en el agua de los ríos y los lagos podía contemplar su rostro. Pero, incluso ahí, el gesto que debía hacer era simbólico. Debía encorvarse para cometer la ignominia de verse.*

Libro del desasosiego

*De un modo general, podemos distinguir en Europa tres formas de tristeza: la rusa, la portuguesa y la húngara.*

Cioran

**E**n la época remota de las grandes ensoñaciones teológicas, alguien, íntimo de la sombra, inventó este espacio entre vida y muerte o, más bien, entre el deseo de ser y la indiferencia de ser, que se llama “los limbos”. Este extraño espacio, apenas entrevisto por Dios y desdeñado por Dante, se reservó prioritariamente a los niños que morían sin haber recibido el bautismo, el agua de la redención. Fernando Pessoa niño recibió esta agua destinada a conferirle la vida verdadera pero todo sucedió como si alguien, en ese momento mágico, se hubiera equivocado de signo. Ni vivo ni muerto, Pessoa transcribió a toda su vida, con una aplicación de escolar aplicado, a fuerza de tanto mirar el rostro de las cosas, el murmullo y la extraña claridad de ese lugar indescriptible. Esta palabra de los limbos es la que se halla hoy inscrita en ese *Libro del desasosiego*.

A decir verdad, todo lo que podemos escribir con respecto a los textos, a la vez heteróclitos y coherentes, que hoy componen esta especie de no-libro, concebido por su propio escribiente como un amasijo de migajas sin interés, es del orden de lo superfluo. La verdadera originalidad del *Libro del desasosiego* no es la de contabilizar, a la luz de un cotidiano fáctico o irreal, la vida ideal de su narrador color de muralla, sombra llevada —una más— por el banal empleado de comercio de los primeros decenios de nuestro siglo que fue Fernando Pessoa. Su verdadera e indiscutible originalidad reside en el hecho de que él vive, casi exclusivamente, de

la atención que concede a la actividad escritural misma, la que constituye, en sentido propio y figurado, el modo de vida y el modo del ser del narrador ficticio Bernardo Soares y de su creador, Fernando Pessoa. Todo lo que ese “pseudodiario” contiene —relato de la contemplación casi onírica de algún rincón banal de la Lisboa pueblerina que el narrador transita cada día, escenas de interés voluntariamente nulo vividas en común con otros personajes a mitad de camino entre los héroes de Gogol y los de Chéjov que se cruzan en los mismos lugares neutros— no tiene interés sino en función del sueño despierto, en los lindes de la locura, que la escritura debe hacer, si no coherente —deseo irrisorio—, al menos existente. El narrador sufre, hasta un grado raramente alcanzado, del sentimiento e incluso de la certidumbre, de su inexistencia. Es una certeza que no se detiene en el umbral de la escritura, según la clásica ficción que consiste en atravesar los obstáculos soñándolos, sino que afecta en su raíz el acto mismo de escribir.

Desde la ascesis mallarmeana, desde M. Teste, del cual Bernardo Soares es el joven contemporáneo, sobre todo después de las variaciones sutiles de Maurice Blanchot o de Roger Laporte acerca de la escritura como pura virtualidad, la lectura de las páginas del *Libro del desasosiego* parece apuntar a algo evidente. No obstante, lo que las distingue de esos otros textos en que la actividad narcisista por excelencia de los hombres revisita con pavor o complacencia laberintos con bifurcaciones

infinitas, es algo menos ampuloso, algo antes del mundo en que la literatura asume su figura, algo incluso anterior a la voz y que es justamente el deseo, por no decir la pretensión, de tener una voz.

Todo es humilde en esos textos, por demás vertiginosos. A decir verdad, esas nobles referencias pertenecen demasiado al mundo de la teoría para que podamos, sin otra forma de proceso, darles como eco o compañía este “libro de pobre”, este evangelio sin mensaje, esta especie de estertor ontológico de una voz que intenta decirse, de una existencia que intenta existir. En efecto, sabemos que detrás de ese grito sofocado, de ese rodeo interminable de una impotencia para ser, la de la existencia gris que encarna Bernardo Soares, se abre la mirada fría, de una neutralidad y una lucidez casi perversas, que son el patrimonio de Fernando Pessoa. Pero aquí el jugador de ajedrez indiferente que evocó bajo la máscara de Ricardo Reis, no juega ya sino su fracaso absoluto, su realidad humana sin vínculos ni lazos verdaderos con los otros, pura vida soñada, mantenida voluntariamente a distancia por esta suerte de sonrisa al interior del desespero que hace que ciertas páginas del *Libro del desasosiego* sean a un mismo tiempo insostenibles y extrañamente liberadoras. En ese aspecto, Bernardo Soares hace pensar en la galería de los “bufones de la nada” que halla en Beckett su representación perfecta. Como en el autor de *Los bellos días*, el no-héroe Bernardo Soares pertenece a la posteridad de los héroes románticos del sentimiento de la nulidad de la vida. No busca ya ningún contacto verdadero. No busca incluso justificarse, o si así parece es porque simula hacerlo. El vínculo humano está roto. La idea de un fin ha desaparecido de la aventura terminada o nunca comenzada en realidad del ser llamado humano. El ajuste de cuentas con la Historia, en el sentido moderno del término, con un origen y un fin, es una evidencia nunca proclamada pero presente en cada línea del texto, fragmento por fragmento jubilosamente suicida, que, para terminar, si es que hay un fin, llevará el nombre de Bernardo Soares.

Tal como ahora se presenta, el conjunto de textos acumulados durante toda su vida sin un plan, destinado a convertirse en ese libro de entradas múltiples que terminará siendo

para nosotros, es el equivalente textual de la eterna valija, imposible de ordenar, de un célebre poema de Álvaro de Campos. Constituye a la vez el doble, apenas metafórico, de ese aplazamiento indefinido de sí inscrito en toda su obra y disfrazado sin demasiada convicción por la invención de esas vidas imaginarias, tan poco perentorias, que él, y a partir de él todos nosotros, llamamos los heterónimos. Con la diferencia de que en ese texto en prosa —lo que quiere decir, para Pessoa, menos alejado de su palabra profunda que cualquier poesía— esas ficciones destinadas a restituirle el sentimiento de un real que él no poseía se hallan aquí en estado latente, o vertidas en desorden, sin ningún cuidado de puesta en escena literaria. De ahí su valor incalculable en tanto lugar de un juego sin público virtual, lugar de soledad pura y de vértigo en que el oficio póstumo de la escritura para nada debe dar, a quien agoniza dejándose escribir, la ilusión de despertar, en ciertos momentos de alegría inexplicable, de la pesadilla de existir. Momentos como un texto del padre Antonio Vieira, un adjetivo bien colocado, una frase en que la ausencia del sentido del universo y, sobre todo, de su propia vida, parece sustraerlo a la nada con más evidencia que cualquier triunfo o éxito en el mundo llamado “real”. Los comentarios —sería preferible decir “las ensoñaciones”, en recuerdo de sus referencias consagradas a Rousseau o Amiel— que su escasa vida le sugiere pueden estar impregnados de una tristeza increíble, como él mismo escribe. Todo eso no es nada después del milagro, renovado sin cesar, de poder tener, en el círculo irreal de la palabra justa, el espectáculo cambiante de las nubes, la luz que juega con los techos de Lisboa o los gestos siempre idénticos y maravillosamente inútiles del pequeño mundo que frecuenta, sin sospechar qué especie de enigma vivo se esconde bajo la mirada benévola del pequeño empleado de comercio de la calle de los Do-uradores. El *Libro del desasosiego* es el libro de la no-vida de Bernardo Soares, que es como decir de la vida “verdadera” de Fernando Pessoa. De lo que podría ser si fuera tal y como se sueña en esos momentos de extravío. Sueños en sordina y no en voz alta, estridente, como los de su her-

mano teatral antes de que el teatro se hunda, Álvaro de Campos. Su única apuesta, su sola actividad, es el ensueño. Incluso los ejercicios de la mirada, esa acuidad con la que capta las insólitas muecas de la realidad cotidiana, son también sueños, hasta ese punto esas escenas se aíslan por sí solas, sin espacio alrededor, como cuadros de Magritte. De todo eso, Bernardo Soares-Fernando Pessoa es, como de costumbre, hiperconsciente. Experimentamos una suerte de vergüenza al recordar lo que el *Libro del desasosiego* dice con una nitidez inigualable en nuestras letras:

Lo que hay en mí de primordial es el hábito y la capacidad de soñar. Las circunstancias de mi vida, solo desde la infancia y calmo, y tal vez moldeado a su imagen siniestra por fuerzas más remotas a través de oscuras herencias, han hecho de mi espíritu una corriente incesante de ensoñación... Toda la realidad me perturba. La palabra de otros me sume en una enorme angustia. La realidad de otras almas me sorprende sin cesar. La vasta red de inconsciencia que es toda acción que percibo, me parece una ilusión absurda, sin coherencia plausible, nada.

En su caso, no se trata tan sólo de la universal aptitud para el sueño, sino de una verdadera especialización, reverso de su incapacidad original para adherir a la vida y cuya fuente envenenada nos la entrega con idéntica lucidez el *Libro del desasosiego*. “No soy sólo un soñador, lo soy exclusivamente”. Eso ya lo sabíamos en tanto lectores de la poesía de Pessoa, y en particular de la del mismo Pessoa, glosa perpetua de este espacio crepuscular entre conciencia del mundo y sueño del mundo, que es también el de un simbolismo consciente de sí. Pero aquí, en estos fragmentos, Pessoa-Bernardo Soares entrelaza todos los sueños, en apariencia diversos, de sus criaturas, en una suerte de apoteosis de la vida como sueño, como único refugio contra la esencia de la vida, es decir, para él, la Muerte. Schopenhauer y Wagner están presentes en esas páginas en las que se cruzan, sin enfrentarlas, la inspiración ultrasimbolista del último y la inspiración analítica de Poe, su maestro en “enigmas claros como fotografías”. En realidad, todo el *Libro del desasosiego* es una escritura de la Muerte y

no tenemos incluso necesidad de páginas consagradas a Luis de Baviera o a Nuestra Señora del Silencio para saberlo. Más que escritura de la Muerte, ese libro, el más negro de toda la literatura portuguesa, es también muerte de la Escritura, visión lúcida de un acto en que nos jugamos nuestra muerte en el vacío, intentando coger en la trampa de las palabras un silencio intacto.

Pessoa en 1928, tomando una copa de vino tinto en Lisboa



Fernando Pessoa, poeta de los laberintos del conocimiento y de la creación poética, y, en ese sentido, uno de los más grandes críticos de los mitos de la modernidad, nos había habituado ya a esta suerte de teología negativa de la creación, en el corazón mismo de su poesía. Esta “teología poética en imágenes” se halla expuesta e incluida en páginas que son quizás las más sorprendentes del *Libro del desasosiego*. Es hacia el acto de escribir hacia donde converge esa luz indecisa del espacio crepuscular que hemos descrito con la metáfora de los limbos. Es en el mundo de la cosa escrita o por escribir donde toma su sentido y su verdadera dimensión el drama gris de la simple vida, concebida por Bernardo Soares como desprovista de cualquier sentido, no sólo aceptable sino concebible. En su esencia, la vida es en realidad muerte, no en un sentido figurado sino literal.

Somos muerte. Aquello que suponemos vida es la cumbre de la vida real, la muerte de lo que somos verdaderamente. Los muertos nacen, no mueren. Para nosotros los mundos están invertidos. Cuando pensamos que vivimos estamos muertos, vamos a vivir cuando estamos moribundos. Dormimos, y esta vida es un sueño, no en sentido metafórico o poético, sino en sentido verdadero... Todo aquello que en nuestras actividades consideramos superior, todo eso tiene que ver con la muerte... ¿Qué es el arte sino la negación de la vida?

Esa mezcla de estética schopenhaueriana y ocultismo no debe desalentarnos. Las paradojas —incluso y, sobre todo, las de Fernando Pessoa— hay que tomarlas al pie de la letra. El arte, ¿negación de la vida, de la “vida-muerte”, que es la esencia de la vida según Bernardo Soares? De repente, el arte recupera su dimensión positiva, no la de una réplica más o menos exitosa de esta “vida-muerte”, sino verdadera vida, la única vida verdadera, incluso en la perspectiva sombría de Bernardo Soares. “Toda la literatura consiste en hacer real la vida”. Nada más clásico en apariencia. Pero bajo la claridad de la superficie yace la oscuridad, la opacidad del propósito, pues esta tarea, que consiste en “hacer real la vida”, tomada en serio, es la trampa absoluta, la visión de la escritura como agonía de la escritura.

Toda la vida del alma humana es un movimiento en la penumbra. Vivimos en un claro-oscuro de conciencia, nunca de acuerdo con lo que somos o suponemos ser... Estas páginas que escribo, con una lucidez que no dura sino para ellas, las releo al instante y me interrogo. ¿Qué cosa es ésta, a quién le sirve? ¿Quién soy? ¿Cuándo siento? ¿Quién muere cuando soy?... Soy como alguien que busca al azar, no sabiendo dónde se esconde el objeto cuyo nombre no ha dicho nadie. Jugamos al escondite con nadie.

No obstante, como en el verso de Valéry, “hay que vivir”, Bernardo Soares escribe sobre esa pizarra inexistente, puebla esa penumbra con textos luminosos en que la “noche oscura” de nuestra impenetrable relación con el mundo, con los otros y con nosotros mismos, se torna de golpe más habitable, en que la voz que busca y se busca sin conocer la muerte se transforma, bajo nuestros ojos, en el *Libro del desasosiego*.

Libro de la Tristeza y la Melancolía —es así como él mismo se describe—, libro del desencanto del mundo y memorial de las felicidades más oscuras, de la mediocridad vivida como la forma suprema de la irrisión y la sabiduría, diario de a bordo del más inmóvil de los poetas, es también, paradójicamente, un libro de júbilo. La condena a muerte de la escritura, como remanso de la reconciliación de nuestra vida y nuestros sueños, se acompaña, a pesar de todo, de una transfiguración irónica en que la ilusión asociada al acto de escribir se hace olvidar, y finalmente, perdonar. Vuelto en alguna forma sobre sí, en tanto libro imposible, inacabado e inacabable, el *Libro del desasosiego* es el de la conversación infinita. Cada lector ha de descubrirlo por sí mismo. En cuanto a mí, me dejo guiar por la mano de Bernardo Soares para interrumpir (provisionalmente) esta conversación, decidido, igual que él, “a no escribir más, a no pensar más, para dejar que la fiebre de decir me adormezca y poder, con los ojos cerrados, acariciar, como a un gato, todo aquello que habría podido decir”. ■

---

Carlos Vásquez (Colombia)  
Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.